

LA REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES

————— José Carlos Duque

Ilusión y temor a lo desconocido.

Aquella madrugada de los transistores se prolongó durante varias horas, días y meses en la mente de los españoles. Justo desde que se oyó por primera vez por Radio Renascença la voz de Jose Afonso y su inolvidable canción “Grândola Vila Morena, terra de fraternidade, o povo es quem mais ordena, dentro de ti. Ó cidade!..”

Esa música radiofónica y marchosa que acompañaba a una letra sencilla y pegajosa era la maravillosa señal de que el ejército portugués se había levantado en armas contra el régimen dictatorial de Marcelo Caetano. El primer ministro sustituyó al presidente Antonio de Oliveira Salazar, creador del Nuevo Estado portugués en la tercera década del siglo pasado.

Entonces Portugal aún conservaba los dominios de ultramar desde hacía cuatro siglos. Y ahora, los revolucionarios estaban dispuestos a acabar con las colonias en paz y armonía alejados ya de las continuas crisis que representaban el dolor de luchas e involuciones. Por fin, todo lo que habían soñado los demócratas desde hacía décadas se convertía en realidad. Una realidad que en la madrugada del 25 de abril de 1974 aún alimentaba quimeras, ante lo que podía ser la falsa alarma de un levantamiento temporal que supusiera en última instancia el fusilamiento de los insurrectos. Al fin y al cabo se trataba de jóvenes capitanes que según decían se manifestaban contra el régimen colonial, alimentado por la estructura férrea militar y policial de la dictadura.

“No querían irse a África a morir en la selva”, asegura el escritor Marco Ferrari, en la biografía de Salazar, “El dictador que murió dos veces”. Y los militares arrancaron valientes en la intentona golpista sin saber a ciencia cierta el resultado.

Por eso, aquel insólito 25 de abril de 1974, tras la sublevación nocturna, todos los ojos de España, como los del resto del mundo, confluían en Lisboa, el centro del poder político y económico de la antigua metrópoli. Los periodistas llenábamos la capital lisboeta, testigos de la mayor revolución del siglo XX en un país civilizado y europeo. Corresponsales y reporteros observábamos

asombrados aquellos increíbles acontecimientos, dignos de un seguimiento especial en la historia.

Las repercusiones de la sublevación se esperaban enormes, sobre todo en la nación vecina, España, cuya raya de Portugal era una valla fácil de saltar. De hecho ya la saltaban los contrabandistas de café y tabaco como querían desde hacía tiempo. Y ahora pasaban los ganaderos y los ricos hacendados lusos, para eludir los efectos de la incierta revolución, amparada por la izquierda, porque querían poner a buen recaudo ganaderías y bienes a este lado de la frontera.

El diario Ya, que pertenecía la Editorial Católica, mandó desde Madrid a Lisboa un enviado especial que siguiera las relevantes noticias. Era José V. Colchero, uno de los mejores corresponsales en el extranjero. Yo me sentí muy orgulloso de sumarme a su equipo lisboeta para enviar las crónicas sociales desde Lisboa, tanto para el diario YA, como para el diario Hoy de Badajoz, a cuya plantilla pertenecía. Era para reforzar la plataforma periodística en el relato de esta increíble hazaña, una de las que mezclan cruda información y arriesgada aventura, sobre todo para mí, que a los 25 años firmaría crónicas de primera página en el reconocido periódico nacional, junto a los mejores informadores del mundo.

En Portugal me acordaba de los primeros pasos periodísticos en Hoy y en la Hoja del Lunes de Badajoz, de la que meses después era a los 25 años el director más joven de España de publicaciones periódicas. Sentía el riesgo de la dictadura, de la censura, de la lucha por las libertades, mucho más aún por la libertad de expresión. Por eso, cuando inicié el viaje a Lisboa en el recién estrenado Seat-1430 para cubrir los acontecimientos revolucionarios sentí el vértigo del riesgo, la felicidad de la emoción y la adrenalina de la aventura.

Ya en la frontera de Caia, a la salida de Badajoz, el corazón palpitaba con extremado golpeteo. Sobre todo al mostrar la documentación en la aduana española y en la alfândega portuguesa, separadas solo unos metros con imponentes medidas de seguridad. Los agentes pacenses revisaron los carnets con cínica sorna, dando a entender que la movida militar vecina no iría más allá de una liviana asonada. Sin embargo, los de la PIDE, la policía política lusitana, se lo tomaron más en serio y notificaban a las autoridades portuguesas las fichas y los movimientos de los periodistas que pasaban al territorio de un Estado sometido ahora a una rebelión militar en ciernes.

El machacón e impertinente interrogatorio de la PIDE a los periodistas llenaba el ansia controlador de aquellos agentes lusitanos que trataban de ralentizar el ímpetu de los profesionales de la información que se desvivían por llegar a la capital lisboeta para informar de esos sucesos tan relevantes y tan seguidos por la opinión pública. Al pasar por Elvas, no se veía apenas gente en la calle. Todo estaba cerrado (fchado). Corrían bulos como el que aseguraba que en la Posada (el parador de élite cercano a Badajoz, donde acudía a comer la clase media acomodada y la burguesía extremeña), habían descubierto cincelado en un blanco plato de cerámica inglesa la hoz y el martillo comunista. Nunca se confirmó. Pero esa impertinencia era reflejo de la inquietud que surcaba las mentes de portugueses y pacenses. Era el desasosiego que surgía en un momento de incertidumbre de aquel golpe de capitanes jóvenes que levantaban su bandera en la lejana Caldas da Rainha y sin embargo tan cercana a Extremadura. Surgía el temor a que los campesinos comunistas extendieran la toma de tierras a golpe de hoces y horcas en toda Portugal, como ocurrió en el Alentejo portugués pocos días después del 25 de abril, en distintas “heredades” o grandes haciendas. En estas tierras ocupadas por los campesinos, los temidos “camponeses” ejercían su presión revolucionaria aprovechando el vacío de poder.

También fui testigo de aquellas reuniones al atardecer donde se votaba puño en alto qué hacer con los hacendados y cómo administrar las fincas. Al cabo de dos años las tierras ocupadas fueron devueltas a sus legítimos propietarios por el socialista Mario Soares, cuando llegó a al Gobierno de la República, tras las elecciones democráticas de julio de 1976. Todo este temor e intranquilidad que se observaba en Portugal se hacía extensivo a España. Y la avidez de noticias se entremezclaba con la inquietud de ver quién resultaría al fin triunfador de esta revolución.

En Estremoz y en Évora, principales ciudades del Alentejo, los campesinos estaban preparados para secundar el golpe de los capitanes, el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), como se llamó al principio. Y ante la incertidumbre, ya hicieron suyo el plan revolucionario de abolir la propiedad privada y defender su ocupación incluso con escopetas de caza. Sobre todo en el sureste portugués.

La incertidumbre reinaba también en Lisboa, desde la Plaza Marqués de Pombal a la Plaza del Rocío y la Plaza de los Restauradores. En la preciosa arteria principal, la Avenida da Liberdade, la expectación era enorme. Los

hoteles estaban a rebosar. El Tívoli era uno de ellos. Y los principales clientes eran los periodistas, corresponsales extranjeros, reporteros y enviados especiales, que hacían cola al caer la tarde ante las cabinas telefónicas hoteleras para pasar las crónicas.

Allí estaban los mejores periodistas, como el aguerrido Raúl del Pozo, dando fe del estallido militar y social de la capital lusitana y protagonizando reflexivas tertulias nocturnas. O el famoso cronista Luis Carandell, que dio nombre a uno de los Premios de la Asociación de Periodistas Parlamentarios.

Yo me alojé en el Hotel Dom Carlos, al lado del Tívoli, perpendicular a la Avenida da Liberdade, junto a José V. Colchero. Recuerdo que fue la primera vez que vi, incrédulo, una cama vibratoria con un rótulo en inglés que decía: "Insert coin". Inducía al cliente a introducir un escudo en este invento para que funcionara unos minutos y relajarse antes de dormir.

Pero la relajación no era para los periodistas. Nos levantábamos pronto y nos acostábamos tarde. Acudíamos allá donde estuviera a la noticia. En las calles, acompañando a los soldados en la toma de los cuarteles; en el palacio de Belém, para saber si se rendía y se tomaba la sede del Gobierno; o ya por la tarde, sentados en las terrazas para comprobar si aún los soldados llevaban los rojos claveles en los caños de los fusiles, como en los primeros días, en los que se tomaban los acuartelamientos versallescamemente sin lanzar un tiro. Bastaba con decir los soldados revolucionarios que pertenecían al Movimiento de las Fuerzas Armadas para que se cediera el mando del acuartelamiento de inmediato, incluso sin una llamada previa a la superioridad, que estaba ya convencida de que la revolución había triunfado.

Los habitantes de las colonias portuguesas invadían Lisboa. Los de Cabo Verde, Santo Tomé, Príncipe, Guinea Bisau, Angola y Mozambique no se creían que el 25 de abril liberaría tan pronto esos territorios, hasta este momento ligados a Portugal desde hacía cuatro siglos. Su desvinculación de la Metrópoli fue tan rápida que nunca pensaron que serían libres de cualquier ligazón política, económica y social de la metrópoli de forma incruenta. Este hecho llenaba de alegría a los portugueses ante una nueva vida política y al mismo tiempo añorante de nostalgia. El no saber qué pasaría con su futuro después de una revolución tan rápida les sumía en una preocupante tristeza. Y más aún cuando los intelectuales hablaban de los anteriores golpes militares fracasados y con sus líderes exiliados, como el del general Humberto Delgado,

tras propiciar La Revolta, que fracasó doce años antes y le costó posteriormente la muerte a manos de la PIDE.

Estos eran los temores y aflicciones de los portugueses a partir del 25 de Abril y así los desgranaban en las conversaciones que mantenían con los periodistas.

Las jóvenes morenas de las colonias que se dedicaban a la prostitución tenían otros problemas y preocupaciones. Perdían a sus clientes, que habían huido de la capital con otros colegas africanistas, en las noches del toque de queda.

Pero era tal la muchedumbre variopinta que pululaba en Lisboa que algunos esquivaban las cada vez más relajadas medidas coercitivas militares para buscar noticias. Eso sí, con el recelo a la PIDE, que era capaz aún, tras los albores de la revuelta militar, de practicar detenciones ilegales aleatorias, sin miramientos.

De hecho, aunque se hablaba de que no se oían tiros en aquella Lisboa cerrada al tráfico rodado, el mismo día del golpe se cruzaban disparos en el Puente Salazar, hoy rebautizado con el nombre de Puente 25 de Abril en honor a la Revolución de los Claveles.

El corresponsal de un periódico inglés llevaba incluso en su zurrón un casco británico, en forma de plato, de la Segunda Guerra Mundial. Y de vez en cuando comentaba que no comprendía cómo nosotros, los periodistas españoles, íbamos sin protección alguna en medio de un conflicto bélico, como si no pasara nada.

De hecho, los reporteros seguíamos a la gente que acompañaba los soldados por la calle e incluso tarareábamos las pegadizas y vibrantes canciones revolucionarias: "O povo unido, jamais será vencido".

Para nosotros los periodistas democráticos la ilusión y la esperanza de la llegada de la democracia al país vecino era el acicate que nos mantenía firmes. Los militares y el apoyo popular hizo que el Gobierno dictatorial se rindiera en el Palacio de Belém el mismo día 25 ante el longevo general Spínola, el del monóculo, a quien el MFA ofreció presidir la República tras el golpe.

Con esta rendición parecía que la revolución estaba consolidada, ya que las mayoría del pueblo llano portugués se sumó a ella de inmediato y el antiguo régimen se quedó sin fuerza física y moral para reventarla. Se significó

que la revolución había sido incruenta. Y así se mostraba en las distintas ediciones de los periódicos lisboetas que devorábamos cada amanecer en busca de alguna noticia que se nos hubiera escapado.

Claro que la Revolución de los Claveles fue incruenta en los actos militares, pero no en los que intervino la policía política portuguesa, la PIDE, que continuó durante los días siguientes al 25 de Abril con las refriegas dictatoriales contra la rebelión militar. Esos ataques provocaron 4 muertos y 45 heridos y un temor general en la sociedad portuguesa a que los rescoldos de esta represiva policía política no se apagarán jamás.

De hecho, en Badajoz, en el Hotel Zurbarán, se reunían miembros de la PIDE para reflexionar sobre el golpe y su futuro. A veces arropados por contrarrevolucionarios portugueses y españoles. Y aún pasaron varios años hasta que se logró erradicar por completo aquella costumbre.

En España no se alcanzó el sosiego hasta que llegó la transición de 1978, con todo lo que supuso de reforma del régimen dictatorial al democrático. Año y medio después de la Revolución de los Claveles (La Revolução dos Cravos), en 1975, moría Francisco Franco y tres años después se logró un entendimiento sin precedentes en la historia para que España siguiera de común acuerdo por la senda de la libertad y de la democracia.

La Revolución de los Claveles en Portugal fue un ejemplo de que se podía llegar a un consenso para el cambio político de régimen sin emplear las armas. Y en 1978 se aprobó la Constitución, que firmaron todas las fuerzas políticas, de derechas e izquierdas, e incluso también los nacionalistas independentistas en el poder. Fue una hazaña igualmente incruenta hacia la libertad y el Estado de Derecho.

En Portugal la democracia se recuperó al instante tras el 25 de Abril. Al mes siguiente se formó el Primer Gobierno Provisional que presidió Palma Carlos y formaron parte del mismo el socialista Mario Soares y el comunista Álvaro Cunhal, que habían llegado rápidamente del exilio. Y también el socialdemócrata Sá Carneiro. Nombraron presidente a Spínola y algún tiempo después el general Vasco Gonçalves en la Presidencia del Gobierno reconoció el derecho de todas las colonias a la independencia. Eso en medio de algunas pocas algaradas callejeras y ruidos de sables nuevamente, sin efecto alguno en los objetivos de la Revolución de los Claveles.

La “mayoría silenciosa” de los conservadores portugueses que alentó Spínola contra la izquierda, ya muy arraigada en los sectores civiles y militares del antiguo Movimiento de la Fuerzas Armadas, perdió la iniciativa política y el general del monóculo impulsó otro golpe militar, que fracasó. Nosotros lo llamábamos “el contragolpe”.

No duró nada y el general Spínola huyó en un helicóptero a la Base Aérea de Talavera La Real, a 20 km de Badajoz, cerca de la frontera. Yo mismo fui testigo de aquella evasión. El general Spínola pasó allí varios días en riguroso silencio. Desde la Base Aérea gestionó su futuro, que fue su salida hacia Brasil para volver finalmente años más tarde a Lisboa a morir en paz y ser enterrado en la cripta de los generales, en el Mausoleo Militar del Cementerio del Alto de São João.

El presidente Mario Soares, a quien entrevisté en la Pousada de Elvas, cubrió a Spínola de condecoraciones por su labor primera en favor de la Revolución de los Claveles. Mario Soares fue dos veces primer ministro de Portugal y murió en Lisboa a los 92 años. Tras la Revolución de los Claveles se le denominó “el padre de la democracia en Portugal”. Atrás quedaron muchos años y vaivenes políticos, como los que se presumían inicialmente con tantos cambios militares. Al final, la democracia y la libertad emergieron en la nación vecina para disfrutar de una democracia en paz en medio siglo. Recuerdo que pregunté en Elvas a Mario Soares, que fue abogado de la familia de Humberto Delgado, qué sabía del caso de aquel “general sin miedo”, que congregaba en los mítines electorales, antisalazaristas, a medio millón de personas en Lisboa y a doscientas mil en Oporto.

Dijo que todo estaba ya publicado. Pero la realidad es que aquella historia macabra continúa aún sin final. Se saben los sucesos: cómo el 8 de junio de 1958 se celebraron las elecciones presidenciales que ganó Delgado. Las elecciones fueron falsificadas por el régimen de Salazar y el general pidió asilo en la embajada de Brasil. La PIDE, la temida Policía Internacional de Defensa del Estado, tenía como objetivo eliminarle. Cuatro años después, en 1962, la sublevación que propició el general Humberto Delgado, “La Revolta”, fracasó. Y tres años más tarde, en 1965, su cadáver apareció tiroteado y rociado con ácido en Villanueva del Fresno (Badajoz), al lado de la frontera. La oposición portuguesa pidió que se aclarara lo que calificó de “crimen de Estado”. Pero aún está sin resolver.

Doce años más tarde de aquel levantamiento militar fallido, otra revolución, la del 25 de abril de 1974, cambió con éxito el régimen portugués. La libertad que trajo esta maravillosa e insólita Revolución militar fue tan inusitada como admirable. Y substituyó las balas por los claveles.